



The Everyday Life of Memorials

Andrew M. Shanken. Nueva York: Zone Books, 2022. ISBN 978-19-42-13073-4, 432 páginas, 32,50 euros.

Una cotidianeidad monumental

«Lo que más sorprende de los monumentos es que pasan desapercibidos. No hay nada en el mundo tan invisible», escribió en 1927 Robert Musil. La reflexión del novelista austriaco le sirve a Andrew Shanken para establecer el marco conceptual y punto de partida básicos de su último libro, a saber: la gran mayoría de los monumentos solamente se ‘activan’ en ocasiones especiales. A veces, sirven como escenario ceremonial para la conmemoración o recuerdo de un personaje o evento histórico. Otras, se convierten en improvisados lugares de protesta y debate, tal como sucedió en el violento enfrentamiento entre supremacistas blancos y manifestantes opositores ante la estatua ecuestre del general confederado Robert E. Lee en Charlottesville (Virginia), en agosto de 2017. Sin embargo, la mayoría del tiempo, el simbolismo de estas construcciones permanece aletargado, y son, simple y llanamente, «objetos ordinarios, parte del mobiliario y la vida urbanas».

El libro de Shanken invita al lector a observar la cotidianeidad de los monumentos a través del análisis de un buen número de ejemplos de Estados Unidos y de distintas ciudades europeas. Con dosis equivalentes de erudición —las 64 páginas finales del libro están dedicadas a notas y a una extensa bibliografía para quien desee ahondar en la materia— e ironía, el autor ordena su discurso en nueve capítulos que orbitan alrededor de temas como el paso del tiempo, los cambios de significado o su ubicación en la ciudad.

El análisis de los procesos que permiten que un monumento que conmemore el pasado pueda inspirar nuevos significados contemporáneos resulta especialmente interesante. Así, la estatua de Jacob van Artevelde, erigida en Gante en 1863, la reivindican ahora los neonazis belgas, que encuentran en el saludo romano que luce la figura del estadista flamenco un guiño a su doctrina. Otras veces, esa reconceptualización puede adquirir tintes a priori menos peligrosos, aunque igualmente siniestros, como sucede con el Monumento a los judíos de Europa asesinados en Berlín. El proyecto de Peter Eisenmann es utilizado por turistas y berlineses para hacer parkour, practicar yoga, jugar al escondite o como escenario para selfis especialmente populares en las aplicaciones de citas de la comunidad homosexual. «Si un lugar tan solemne y crudo como el monumento conmemorativo del Holocausto más importante de Alemania puede ser algo informal y también estar imbuido de un gran sentimiento, entonces todos los monumentos conmemorativos están abiertos a resignificarse», concluye el autor.

Shanken también transita su reflexión por las cualidades y aportaciones urbanas de estas construcciones. Le fascinan sus usos alternativos, como el gigantesco pedestal sobre el que se levanta el conjunto escultórico de la Grand Army Plaza en Nueva York, que sirve como punto de encuentro y descanso. Transformar los monumentos en lugares de reunión es una práctica bastante extendida por todo el mundo, aunque solo a veces deriva en actos de celebración y expresión festiva cercanos al vandalismo, como se ilustra con una foto del monumento a Michele Sanmicheli en Verona lleno de grafitis y restos de botellas de alcohol.

En consonancia con las ideas de clásicos como Sitte, Cullen y Lynch, el libro reivindica el sentido escenográfico de los monumentos, cuyo contexto urbano es vital para nuestra relación cotidiana con ellos. Shanken dedica un capítulo a su presencia en jardines, un marco natural que invita a contemplarlos, pero también rescata monumentos a soldados rodeados de atascos en Londres, aislados en rotondas en Connecticut o peleando contra un ejército de vespas en Florencia. Incluso nos enseña una fuente coronada por un Otto von Bismarck que apenas puede asomar la cabeza por encima de los cables eléctricos de los tranvías en Darmstadt.

En un momento en el que la lucha por el ‘relato’ está cuestionando los símbolos de nuestras ciudades en todo el planeta, el ensayo de Shanken se presenta como una lectura tan necesaria como fascinante, libre de prejuicios y posturas vehementes. «Los monumentos son lentos en una era de velocidad, permanentes en tiempos de obsolescencia e inútiles en un mundo dedicado al beneficio y a un pragmatismo implacable», escribe en las conclusiones. «Estereotipados, absurdos y desacreditados, pero también fascinantes, conmovedores y resilientes, continúan desempeñando un papel vital para ayudar a las personas a patrullar los límites cambiantes y en disputa de sus vidas».

Daniel Díez Martínez